

Beatrice Lamwaka

Nació en Alokolum, Uganda, es Secretaria General de la Asociación de Escritoras de Uganda (FEMRITE) y fundadora y directora de Arts Therapy Initiative, una organización sin fines de lucro que ofrece apoyo psicológico y emocional a través de terapias de artes creativas. Fue finalista del PEN/Studzinski Literary Award, en 2009. Es la autora de *Anena's Victory*, una lectura complementaria en las escuelas de primaria. Sus relatos han sido publicados en revistas literarias y antologías de Reino Unido, Estados Unidos y Sudáfrica.

En 2011 fue seleccionada para el Premio Caine de Literatura Africana –el galardón más prestigioso del continente– por su relato, «Butterfly Dreams». Otro de sus escritos, «Chief of the Home», está incluido en la antología *Queer Africa* que ofrece una visión sobre lo que supone ser gay, lesbiana o transexual en buena parte del continente. También fue esta obra la que la hizo ganadora, en 2014, del Lambda Literary Award y que fue traducida al castellano y publicada por Dos bigotes, en España, bajo el título de *Los deseos afines*. Lamwaka está actualmente trabajando en lo que será su primera novela, *Beyond My World* y en una colección de relatos cortos, *The Garden of Mushrooms*.

LA ESTRELLA EN MI CAMPAMENTO

Me he convertido en la estrella del campamento de desplazados internos de Laguri. No sé si llamarle «hogar». Dada, mi abuela, dice que deberíamos regresar a donde ella vivía con Papa, mi abuelo. Yo nací aquí, en el campamento. La guerra había empezado mucho antes de que yo llegara al mundo. No entiendo las historias que Dada cuenta sobre su vida sin guerra, cuando solía sembrar maíz y yuca. En fin, ayer era solo una chica de diez años que iba al primer curso de primaria. No todos me conocían en el colegio; nadie más que mi maestra de inglés estaba contenta conmigo y era porque yo era muy buena en su asignatura. Solía jugar al *tapu* con Laker. Hoy en día, hombres y mujeres que visiten ropa y zapatos limpios vienen a mi choza en enormes coches blancos. Me sacan una foto. Escriben en sus libretas. Hablan entre ellos en inglés, un idioma que sueño hablar algún día. Sus coches tienen palabras escritas en azul como *Save the Children*, *World Vision* y *UNICEF*. A veces, cuando nadie me ve, trazo con mi dedo las letras que están grabadas en ellos. Otros chicos se unen a mí y luego nos echan por haberlos ensuciado.

Solía ver pasar estos vehículos que iban desde la carretera principal a Kitgum Town o cuando regresaban a la ciudad de Gulu. Me pregunto qué tipo de personas se sientan en semejantes coches y a qué se dedican. Era necesario que me apartara de la carretera ya que me llenaban la cara y las piernas con polvo. Las personas que iban dentro no se daban cuenta del caos que montaban. Ya vería la forma de hacérselos pagar, mientras me quitaba la suciedad

de encima. A veces, me ato la hierba de *obia*⁵³ al cuello y pienso en las cosas que le haría a la gente que estropea así los caminos.

En este momento, un enorme coche blanco, que es incluso más grande que mi choza, se encuentra estacionado enfrente a la de Dada. Esta se ve sucia y vieja. En lo profundo de mi corazón, sé que es mucho mejor que la mía, a pesar de que siempre huele a pescado seco, casi putrefacto. Si logramos conseguir pescado, incluso lo comemos aunque tenga gusanos. Según Dada la comida con estos bichos es más sabrosa y nutritiva. Aun así, rara vez conseguimos pescado y se cocine como se cocine, siempre se le puede sacar partido.

«Aber, han llegado tus visitas». Me dice Dada desde su choza. Siempre nombra a estas extrañas personas como «tus visitas». A veces le entregan dinero, que nunca me da. Me gusta estar en su choza. Es la única vez que puedo soñar con vivir en una decente. Ojalá mi mamá estuviese cerca. Tal vez me dejaría compartir su vivienda, como lo hace la mamá de Laker. La choza de Dada siempre tiene paja nueva, mientras que a la mía la he estado utilizando para encender fuego y cocinar. Siempre embadurno las paredes y el suelo de su choza con estiércol de vaca para suavizarlas, aunque nunca se lo hago a la mía. Y, sobre todo, la de ella tiene una puerta y una ventana.

Voy a decirle a las visitas las mismas palabras que les dije a los que vinieron ayer y a los que vendrán mañana. Normalmente los detalles los hablan con Dada. Ella se muestra realmente afligida por lo que me hizo Roko, quizá más de lo que lo estoy yo. Cuando me piden que les cuente lo que me pasó, yo les digo suspirando, «Roko puso su pene en mi vagina». Los visitantes se sorprenden al escuchar esas palabras. Las mujeres sacan sus pañuelos, se secan las lágrimas y no pueden pronunciar palabra. Me pregunto a dónde se han ido sus lenguas. Las miro a los ojos, aunque Dada dice que nunca debo mirar a los adultos a los ojos. Ellos miran para otro lado. Entonces, de repente me preguntan: «¿Has sentido dolor?». Yo les digo: «había sangre en mis braguitas». Lo pronuncio con una voz que ni los ensayos con

53. Hierba de hoja larga y ancha. (*N. del T.*)

Dada logran hacérmelo decir más fuerte. Ni siquiera les digo que pensé que Roko me iba a matar o que sueño que Roko regresa otra vez a mi choza. Después Dada me pide que me vaya para que ella pueda hablar a solas con «mis visitas». A veces, creo que no son buenas personas, como mi mamá, si todo lo que quieren saber es lo que Roko me hizo.

Mi mamá se fue del campamento de Laguri cuando yo tenía dos años para casarse con otro hombre. Desde entonces vivo con Dada. Ella me recuerda todos los días que solo me va a dar comida y que no se va a molestar por nada más. Y que puedo ir al colegio gratuito que el gobierno nos ofrece. Nunca le llevo la contraria. Quizá por miedo a que me rechace. Doy gracias por todo lo que me da y no le pido nada más. Dice que el pantano hizo que yo fuese de mala estirpe. Lalobo, la mujer que todo el mundo en el campamento llama MTN —como la compañía telefónica MTN que saben lo que pasa en todas partes— me dijo que mi mamá conoció a mi papá cuando fue en busca de agua al pantano y él había llevado al ganado para que bebiera. Eran inseparables y esto había hecho infeliz a Dada, porque mamá quería destruir la relación que tenía con su hijo. Dice que mi abuela obligó a mamá a que se marchara. MTN me contó también que cuando los ladrones Karimojong⁵⁴ asesinaron a mi papá, mi mamá no pudo quedarse porque Dada no se lo permitió. No sé hasta qué punto es verdad, pero lo que sí sé es que mi mamá nunca ha venido a visitarme. Sueño con el día en que venga y me lleve con ella. A veces, pienso que viaja en esos enormes coches, pero Dada dice que mi mamá era una inútil. No creo que esas personas tengan sitio para ella allí.

En fin, por ahora he logrado que la gente de los vehículos grandes visiten la choza de Dada. Ella sonrío con ellos todos los días. La mayoría de los aldeanos ya saben que me buscan a mí. Señalan hacia la casa de mi abuela cuando preguntan cómo llegar. Parece ser que ella está disfrutando de la nueva fama que

54. Grupo étnico de pastores agropastoriles que habitan principalmente en el noreste de Uganda. Están en constante conflicto con sus vecinos de Uganda, Sudán y Kenia debido a los robos frecuentes de ganado. (*N. del T.*)

le ha tocado. Yo le dejo que esté contenta. No le cuento del dolor que me causan estos constantes recordatorios y visitas. Que lloro cuando nadie me ve. Sonrío con ella cuando las personas llegan. Me sacuden las manos sucias. Beben agua de nuestro cuenco de calabaza. Los lugareños se sorprenden al ver lo que hacen estos extraños. Observan como Dada orgullosamente los conduce a su choza. Les cuento lo que me enseñó que les dijera. Cuando se van, me escondo detrás del árbol de mango y lloro.

Laker, mi amiga, dice que soy muy afortunada ya que los niños sufren muchas cosas en el campamento y nadie habla de ellos. Me dice la suerte que tengo por recibir visitas de la ciudad, que luego escribirán informes de lo que me ha sucedido y, quizá, algún día, pagarán mis estudios secundarios. Yo le digo que no soy muy diferente a otros niños. Ella me dice que fui valiente al contarle a Dada lo que me sucedió, a pesar de que todos saben que ella no me quiere. Le digo que sí me quiere. Laker dice que no es verdad y que si así lo fuese, ella me hubiera dejado vivir en su choza. Yo le respondo que ella prometió comprarme una puerta y una ventana cuando consiga dinero. No le hablo más a Laker. Ha encontrado una nueva amiga, Achiro, cuya madre elabora *arege*⁵⁵.

No me siento para nada afortunada. No tengo palabras para expresar el dolor que Roko me causó. Cada mañana Dada me hace practicar las palabras «vagina» y «pene». La vez pasada me dio una paliza por haber dicho que Omona, mi tío, estaba haciendo el juego de la vagina y el pene. Me dijo que seré una *malaya*, al igual que mi madre, que va cambiando de un hombre a otro. No sé lo que significa eso, pero me daba cuenta que era algo que no me gustaría llegar a ser. «Di “vagina”» me pide que diga. Yo repito tras ella. «Pene». «Pene». No me avergüenza decir esas palabras. Ya no significan mucho para mí. «Di “Roko puso su pene en mi vagina”». Repito. No le doy ningún significado a estas palabras. Muevo mis labios. Es como decir «vete» cuando en realidad deseas que alguien se quede. No sé a qué hora Roko puso su *kapilili* en mi *susu*. Dada insiste en que yo diga que fue después de la medianoche.

55. Bebida alcohólica parecida al aguardiente elaborada gracias a la fermentación y destilación de la yuca. (N. del T.)

Dejo que las palabras fluyan de mi boca. No le atribuyo ningún significado a la palabra «vagina» o «pene». Para mí son como nombres de juegos, como «la quema» o «el escondite». Me imagino que es como jugar con Laker, yo me escondo y Laker me busca. Ya no significa *susu* y *kapilili* como siempre me ha enseñado Dada. «No dejes que ningún chico ponga su *kapilili* en tu *susu*» siempre me recuerda. Nunca puedo preguntarle a qué se refiere con eso, pero parece ser una ofensa grave dejar que un chico ponga su *kapilili* en mi *susu*. Nunca podría imaginar que un niño pudiese poner su *kapilili* en la *susu* de alguien. Siempre he visto a Roko dejar un manantial de agua de su *kapilili* entre mi choza y la de Dada. Ella dice que Roko es un desconsiderado y que debería mantenerme alejada de él. Quizá fue porque nunca presté atención a su consejo, tal vez fue por eso...

Todavía sigo durmiendo en mi choza sin ventana y sin puerta. Dada dice que nada me sucederá. Ella duerme detrás de su puerta y echa el cerrojo dejándome fuera. Su ventana permanece bien cerrada. He oído a la gente del pueblo susurrarle, «Cualquier cosa le puede volver a suceder a esa bastarda», y la respuesta es siempre: «Su madre la abandonó —¿quién soy yo para protegerla? Disfrutaré de lo que la vida me brinde». No sé a qué se refiere, pero sí puedo decir que ahora Dada y yo estamos más unidas. He visitado su choza varias veces en un solo día.

No sé qué hora era la noche que Roko entró a mi choza mientras dormía, ya que ese día me había pasado todo el tiempo jugando con Laker. Ni siquiera escuché a Dada llamándome para que lavara los platos. Estaba muy agotada y tenía muchas ganas de dormir. Nunca se me ocurrió que esa noche alguien pudiera interrumpir mi sueño. Ahora duermo con un ojo abierto como el conejo de las fábulas.

Podía oler el *arege* rancio en su aliento. Roko es una de las personas más mayores que conozco que no se preocupa en darse un baño digno. Dice que no hay necesidad de ducharse todos los días. Su cuerpo olía a sudor rancio. Nunca me imaginé que los adultos podían oler tan mal. Supe al instante que no había venido a pedir comida. Por lo general, cuando Roko llegaba

tarde a casa por haber estado bebiendo *arege* y encontraba a Dada encerrada en su choza, era a mí a quien molestaba para que le diera comida. Me preguntaba por qué no había guardado un poco de alimento para él en mi choza. Por supuesto, yo no tenía respuestas como las que Dada utiliza para castigarlo por llegar tarde. Nunca le digo a Roko que se busque una esposa. Como pueden ver, él es el hermano menor de Dada.

Debería haberla escuchado al decirme que cuando un gato grita, un mal presagio se avecina. Quizás podría haber ido a otro lugar a dormir. A veces, si llueve y hace mucho frío, duermo en la choza de Laker. No soy tan tonta. Me levanto muy temprano cuando estoy allí y regreso a mi cama, luego espero a que Dada me «despierte» para ir a la escuela. Pero aquella noche fue diferente. Creo que percibí a Roko en mi sueño. Por lo general, nunca escucho ruidos fuera de mi choza. En mi sueño creí sentir que él abandonaba la suya. Su techo toca la mía. Así es como se construyen la mayoría de las chozas en los campamentos, excepto la de Dada, que cuenta con más espacio, ya que no permite que nadie construya cerca de ese lugar. Oí los pasos pesados de Roko. Lo vi encorvado en la oscuridad evitando que el techo de paja raspase su cabeza calva. Como pueden ver, es un hombre muy alto. Creo que le llego a las rodillas; tal vez cuando crezca le llegue a los muslos. De todos modos, Dada dice que nunca seré alta, que la gente como yo nunca podrá crecer más alto que la hierba *obia*. Pude ver a la luz de la luna que estaba, como siempre, con el torso desnudo. Creo que es porque no puede permitirse el lujo de comprarse camisetas en el mercadillo.

Me bajó las braguitas con sus dedos ásperos. Sabía que cualquier cosa que me hiciese, iba a terminar haciéndome daño. Grité con todo mi ser, arrancando hasta el último sonido de mi interior. No le importó mi súplica de que no me hiciera daño.

Oí a Dada correr rápido a su choza. Supuse entonces que Dada y Auma, nuestra vecina, habían estado sentadas afuera hablando. Auma también huyó. Luego se hizo un silencio. Quizás Dada estaba conteniendo la respiración. Grité de nuevo tan fuerte como pude. Laker una vez me dijo que yo suelo gritar

como ningún otro ser humano en esta tierra. Me gusta gritar pero este era un grito para poner a salvo mi vida. Roko ni se inmutó. Actuaba como si estuviera bajo los efectos del *jayi*, el cual provoca que muchos aldeanos se vuelvan locos después de fumarla. Pero claro, Roko siempre actúa como si estuviera loco. Se sale con la suya por no tener esposa. No se paga su *arege* y por lo general le pide el dinero a Dada. Las mujeres que lo elaboran, normalmente vienen a reclamarle el dinero a Dada, pero ella las ahuyenta. Dada dice que la vida de Roko se arruinó cuando estuvo en el ejército. Peleó en la guerra de Luwero ⁵⁶ y nunca volvió a ser el mismo. Dice también que probablemente tuvo que matar gente y que los espíritus nunca lo dejaron tranquilo.

Como ven, estoy intentando no decir lo que Roko me hizo. Según palabras de Dada, diré que Roko puso su pene en mi vagina. Han visto que no digo «puso su *kapilili* en mi *susu*». Es que aprendo muy rápido.

Dada dijo que Roko tiene esa enfermedad que adelgaza a la gente. Lo va a matar muy rápido porque bebe demasiado. Una mujer me dio unas pastillas que debería tomar todos los días durante un mes para no coger la enfermedad que tiene Roko. Dice que si no las tomo podría morir antes de empezar la secundaria. Le conté que mi sueño es ser enfermera para usar la cofia blanca en la cabeza y la bonita bata azul. Ella sonrió. Dice que soy valiente, pero yo me pregunto que si fuese valiente, hubiera golpeado a Roko en el estómago y de esa manera él no hubiera puesto su *kapilili* en mi *susu*.

Ahora, todas las tardes, Dada se asegura de que tome mi medicación después de comer el *kwon kal* o pan de mijo y las habichuelas negras. Yo lo hago mientras espero a no ser como Roko. Creo que Dada tiene miedo también. Miedo a que yo termine como su hermano.

56. También conocida como la guerra civil de Uganda o la guerra de Resistencia, fue un conflicto armado librado por el dominio de ese país durante 1981 a 1986 entre los rebeldes del Ejército de Resistencia Nacional (NRA, National Resistance Army) contra el gobierno de Obote y después de Okello. (*N. del T.*)

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Coedita:



Con la edición de esta Colección de Literatura, Casa África se marca como objetivo dar a conocer las voces de escritores africanos, tanto los considerados clásicos como los emergentes, y acercar al lector español e hispanohablante obras emblemáticas de las letras africanas.

Luis Padrón - Director general de Casa África

- © Las autoras (de los textos)
- © Federico Vivanco (de la selección, traducción y el prólogo)
- © Baile del Sol (para esta edición)

- © Leticia Jiménez (de la ilustración de cubierta)
- © Inma Luna y Lucas García Cañas (de las ilustraciones interiores)

Correctora de estilo Cristina Parada Fraga

Impreso por Reprográficas Malpe S.A.

D.L.: TF 717-2017
I.S.B.N: 978-84-16794-70-6

© Ediciones de Baile del Sol, 2017